

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 30 Julio 1914.-Número 31.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Lo que hasta aquí

A Fray Gerundio:

Voy á contestar punto por punto á lo que usted me preguntó y me dijo en el artículo publicado en el número anterior de EL MOTÍN.

¿Que qué haremos? El título de este trabajo lo dice: *lo que hasta aquí*. ¿Está acaso en nuestra mano hacer otra cosa? No. Aunque quisiéramos, no podríamos. Sería mutilar esta personalidad de que estamos tan orgullosos. Si por cansancio, explicable después de tanto luchar; si por desengaños, siempre dolorosos; si por abandonos, cada día en aumento, dejáramos el palenque, nos ocurriría lo que á los que se van de España renegando de ella: al perder de vista sus costas, se enteran de cuánto la amaban, y retrocederían si pudiesen. Con que amigo Fray Gerundio: perdamos toda esperanza de escaparnos de las garras del anticlericalismo, aún hallándonos convencidos de que nos convendría hacerlo para acabar tranquilamente los años que nos restan. O los meses. O los días.

¿Que si no sentí alguna vez la amargura de haber dedicado mi vida entera á una labor improductiva? Sí, pero muy pocas. Lo que sentí muchas fué ira, rabia contra aquellos á cuyo favor la hacía. ¡Cochinos!, exclamaba; merecen ser hozados y comidos por sus congéneres los clericales!

¿Que es triste ver que llega la vejez y está la caja vacía? Ya lo creo.

Y mucho. Y lo sé por experiencia, no por referencia. Pero esto deben sentirlo más que nosotros, aquellos que en alguna ocasión vieron la suya llena.

Tampoco es muy agradable recordar que se ha vivido siempre al día, y advertir que la vejez se acerca con su aterrador cortejo de impotencias, sin tener un rincón donde guarecerse del frío ni un pedazo de pan asegurado; pero se mitiga la mala impresión que esto produce, pensando en la causa á que se debe, como Cervantes se consolaba de verse manco al recordar que no había perdido la mano en una taberna, sino en Lepanto, *la empresa mayor que vieron los siglos*.

¿Que quizás el premio reservado á nuestros afanes sea un Hospital ó un Asilo? Posible es, pero no lo creo, á menos de no volvernos imbéciles del todo. Algún periódico republicano que otro publicaría de vez en cuando nuestros trabajos con tal que no fuesen anticlericales, y siempre sacaríamos para mal comer: de proveernos de taparrabos modestos para cubrirnos las vergüenzas, ya se cuidarían los bazares del Rastro, que no los cotizan muy caros.

Por cierto que esta idea me ha hecho sonreír, pensando en los buenos ratos que íbamos á pasar en aquellos establecimientos, viendo empeñadas á Hermanas y capellanes en salvar nuestras almas, sobre todo cuando llegara el momento de la eterna separación de esas dos entidades. Se pondrían más pesados que las moscas. Mas lo repito: no creo que ese caso llegue.

Pero si me equivocaré, ¿qué íbamos á hacerle? Nos felicitaríamos pensando que en otros tiempos nos hubieran quemado por decir la millonésima parte de las cosas que hemos dicho. Y entre morir de una indigestión de garbanzos duros, ó rodeado de lujuriantes llamas, algo íbamos ganando.

¿Que no es atrayente ni seductor el ejemplo que doy? Ni mucho menos. Por esto me guardaré muy bien de aconsejarle á nadie que lo siga. Siempre hice esto. A todo joven que llegó á consultarme, le dije: «Si quiere usted medrar, como es muy justo, váyase á la acera de enfrente. Y si aspira sólo á vivir sin inquietudes, también. El ser anticlerical es un mal negocio.»

Y no hablé así únicamente á jóve-

nes entusiastas, sino á sacerdotes desengañados: «No deje usted la Iglesia si no cuenta con medios para vivir independiente», respondí á los tres ó cuatro que en diversas épocas me vieron. Y se quedaron admirados de que fuese yo quien así les hablaba. Uno me replicó:—Entonces ¿por qué combate usted al clericalismo?—Por satisfacer una necesidad de mi espíritu, y por distraerme.—¿Por distraerse?—Sí; me hacen mucha gracia las gentes de Iglesia en el ejercicio de sus funciones. Y fuera de él también. Mi cura se retiró amostazado y creyendo que me burlaba. De esto hará unos cinco años. Supongo que más de una vez me habrá dado mentalmente las gracias por el consejo. Y conste que el tal era de buena presencia, ilustrado, simpático y que tenía fama de buen predicador; es decir, que reunía todas las de la ley para haber hecho furor en los mítins anticlericales. Sin embargo, le aconsejé que no abandonase la Santa Madre Iglesia. De modo diferente le hubiese hablado, si puedo proporcionarle siquiera treinta duros al mes. Indudablemente el dinero sirve para algo bueno, aunque los jesuitas apliquen á la realización de tantas cosas malas el que se agencian por artes peores.

Me dice usted «que compute los años de trabajo con el fruto obtenido». Me guardaré hasta de intentarlo. Jamás me dió por echar cuentas. Si llego á hacerlo, habría caído hace años en la cuenta de que no me tenía cuenta seguir *anticleriqueando*. En lo demás que usted apunta, tiene razón á medias, pues al fin y al cabo, unas veces tropezando y otras cayendo, del periódico he vivido, si vivir se llama al no morir. Y en último término, digo lo del otro: «desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.»

¿Que yo hubiera podido llegar á ser lo que hoy son aquellos cuyos nombres estampa usted? ¡Quién lo duda! Y antes que todos ellos. Por derecho de escalafón. Pero entonces yo no hubiera sido yo. Y entre ser yo, ó ser lo que ellos, la elección no era para mí dudosa. Y conste que entre los tres que usted cita hay uno á quien quiero y admiro mucho: Julio Burell. A pesar de haber sido ministro, sigo considerándole como un convencido demagogo que está fuera de su sitio.

¿Que si me hubiera echado por

otro camino tendría hoy una fortuna? Lo sé. Y hace tiempo. Y lamento no tenerla. He oído decir que es muy agradable vivir sin inquietudes económicas. Pero, créame usted; sólo pienso en ello cuando me veo en un atranco. Salgo de él, y reanudo mi vida ordinaria de aislamiento, trabajo é independencia.

Y ahora que nombro á la Señora Doña Independencia, voy á confiarle á usted un secreto: ella tiene principalmente la culpa de que haya llegado á la edad que tengo sin dos reales. Por conservar la de criterio, he dejado de hacer muchas cosas que me hubieran convenido, entre ellas ser concejal poco escrupuloso, aunque honrado; ó diputado cotizabile, aunque integérrimo. Por dedicar mi tiempo á lo que me diese la gana, no he concurrido á los muchos é inútiles actos públicos donde á fuerza de audacia y pulmones se han elevado tantos necios. Por conservar virgen mi voluntad, no he ingresado oficialmente en ningún partido, ni actuado de masón, ni pertenecido á Juntas políticas ni Ligas anticlericales; en suma, que he navegado siempre por mi cuenta y riesgo, capeando los malos temporales como he podido, pero solo, solo...

¿Debe hacer el hombre público esto? No; pero yo lo he hecho, y, claro, he tocado las consecuencias. Por esto he repetido tantas veces que el lujo de la independencia es el más caro, y por esto no me he quejado nunca mucho del proceder de mis correligionarios conmigo.

Mas pasemos á otro asunto.

La labor de usted, amigo *Fray Gerundio*, tiene más mérito que la mía, aunque solamente lleve quince años realizándola. Pues aparte de que sus conocimientos en materia religiosa son infinitamente superiores á los míos, dejó usted para emprenderla una posición brillante en la Iglesia. Por esto, aunque me envanezcan mucho, rechazo sus alabanzas.

La mía tiene valor muy relativo. Lo tendría grande, si me hubiese violentado en cualquier sentido para hacerla. Pero, no; me ha salido naturalmente. Me reconozco, sin embargo, este mérito: que habiéndome sido fácil alcanzar en el otro lado cuanto hubiese querido, he continuado en éste.

También ha contribuído bastante á que persista en mi campaña anticlerical, la necesidad constante que he sentido, aun en situaciones críticas, de dar salida á la parte alegre y zumbona de mi personalidad literaria. ¡Y se prestan tanto al ridículo por sus trajes, sus maneras y sus costumbres los tipos de Iglesia! Si no causarían tanto daño, resultarían hasta necesarios para amenizar un poco este

valle de lágrimas, como suelen llamar al planeta Tierra los únicos que no las vierten.

Lo que me ha ayudado mucho á conllevar sin grandes desanimaciones la vida difícil que he hecho, ha sido el haberme acostumbrado desde joven á tomar los tiempos como venían; y no habiendo tocado nunca los muy prósperos, no he podido establecer desoladoras comparaciones cuando han llegado los medianejos. Y no vaya á confundirse esta conformidad semifilosófica, semiromántica con eso que los católicos llaman resignación cristiana para disimular sus deficiencias. No; yo no me he resignado nunca al mal, como lo prueba el que he luchado siempre para ahuyentarlo, y que luchó todavía. Lo que he hecho es no abatirme cuando se ha presentado, y extraer del que me ha correspondido la parte de bien que en todo mal existe.

«Que no debe tolerarse que los que valen menos se coloquen sobre los que valen más». Si hubiera medios de impedirlo, no debería tolerarse. ¡Pero como no los hay!... Encuéntrelos usted, y cuente con mi ayuda para emplearlos.

«¿Que los radicalismos no dan de comer?» Distingamos, hermano Melitón. Cuando se profesan sinceramente, no. De la manera contraria, sí. Y Padres tiene la Iglesia republicana que no me dejarán por embustero.

«¿Que nuestras desdichas provienen de haber atacado á la Iglesia y sus ministros?» Sí; pero como sabíamos de antemano lo que forzosamente había de ocurrirnos, no podemos quejarnos á nadie. Todo el que combate una doctrina aceptada, laica ó religiosa, debe contar con la hostilidad y la persecución de sus partidarios.

«¿Que si fuésemos de modo distinto viviríamos hechos unos próceres?» Conformes. Pero vuelvo á lo mismo: no seríamos quien somos. Que es ser algo. Y parodio aquí su frase. Había que elegir entre ser lo *ju*no ó ser lo *jó*tro. Elegimos lo que se adaptaba á nuestra manera de pensar y sentir sin cuidarnos de lo que nos convenía, ni recordar que es ya antiguo el proverbio: «honra y provecho no caben en un saco», y ahora, como es lógico, cosechamos lo que sembramos.

No le demos vueltas, amigo *Fray Gerundio*. Ni podemos, ni queremos, ni debemos dejar de ser anticlericales, así lluevan sobre nuestras costillas más palos que infracciones al sexto comete en su vida un cura sano y robusto. El anticlericalismo ejerce ya en nosotros funciones de segunda naturaleza. Y si llegamos á amar hasta nuestros defectos á puro

convivir con ellos, ¿cómo no hemos de perder la chaveta por esa alta y excelsa cualidad?

Alguna vez he pensado en la posibilidad de que un hombre contrahecho renunciase á armonizar su figura, si en la operación había de quedar borrado completamente el recuerdo de su personalidad de jorobado.

¿Y podríamos nosotros, que tantas satisfacciones morales debemos á esta joroba social llamada anticlericalismo, colocada voluntariamente sobre nuestra espalda como la expresión suprema de la elegancia intelectual, pensar ni por un momento en ponernos á la moda corriente de devoción hipócrita ó de silencio calculado, sólo por alcanzar unos medros á que generosamente renunciáramos al exhibir al público esta nuestra anticlerical figura, que si contrahecha para los degradadamente acomodaticios, resulta apuesta, varonil y gallarda para los que comprenden y aprecian la grandeza del sacrificio personal en las aras del Progreso?

¡No, y cien veces no! Asegurar el pan para la vejez matando la personalidad que por servir un ideal de justicia nos creamos, sería tan torpe y tan estúpido como creer que haciendo una confesión perfecta quedan perdonados ante Dios los crímenes cometidos por un Constantino, un Torquemada, un Pedro Arbúes... No seríamos hombres entonces... Seríamos clericales... ¡Horror!

Y ahora que he contestado á cuanto me ha dicho, le pregunto á mi vez:

¿Por qué abandonó usted la Iglesia, donde hubiera disfrutado tranquilidad completa, lo mismo en el presente que en lo porvenir, dado lo mucho que vale? Usted no podía ignorar que en ninguna otra parte hallaría en el sentido material lo que en la Iglesia dejaba. Y, no obstante, se apartó de ella. ¿Por qué? repito. Porque hay algo superior á las necesidades del cuerpo, y son las del espíritu; porque el «contigo *pan y cebolla*» podrá á veces no ser cierto ni duradero en los dominios del Amor, pero lo es siempre en los de la Verdad.

Todo lo dicho no quita para que yo esté conforme con usted en cuanto apunta acerca del mediano comportamiento que suelen tener los partidos avanzados con aquellos que se ponen desinteresadamente á su servicio. Acaso no haya hoy en el republicanismo un hombre más competente que yo en esta materia, por llevar más años de lucha, y tener, como es consiguiente, más experiencia. Verdad es que á la de anticlerical he sumado yo otra tacha más imperdonable para los republicanos: la

de haber ejercido de iconoclasta. Las muchedumbres lo perdonan todo, menos que se discutan sus ídolos, y lo mismo ahullan al pié del quemadero inquisitorial, que insultan á Danton en la carreta, que vociferan tras la estera en que arrastran á Riego. Todo el que trabaja por redimirlos debe descontar su ingratitud; de momento, porque luego ellas mismas se encargan de poner en el fiel la balanza de la justicia.

Si; nos sobra razón para quejarnos de los clericales que nos persiguen, mas sin olvidarnos de los correigionarios que nos abandonan. Equidad en las quejas.

Pero en último caso, ¿quién nos dice que el tener derecho á quejarse no sea uno de los atractivos de esta labor ingrata? ¿A que sintió usted al terminar el artículo que me ha dedicado una satisfacción que no le dejaron otros que ha escrito? Poder indignarse ante la injusticia, es un privilegio hermoso. La cólera es una pasión aristocrática cuando nace del corazón, viscera que la mayoría de los contemporáneos ha ido dejando de reemplazo. ¿Y vamos á considerarnos desgraciados los que todavía vemos funcionar la nuestra? Seria renegar de lo único que nos hace felices.

Felices, sí: aunque no lo creamos; aunque lo neguemos. Si la felicidad no consiste en seguir los impulsos nobles, ¿qué es y dónde está la felicidad? Lo que hay es que esta indefinible señora no nos advierte de su presencia hasta el momento de apartarse de nuestro lado. Yo recuerdo ahora tiempos en que me creí desgraciado y que resucitaría de buena gana si pudiese.

Por otra parte, hay tantas clases de felicidad como individuos. Desde el quinto aquel que hubiera querido ser rey sólo para poder almorzar huevos con jamón todas las mañanas, hasta el emperador que la encontró al dejar el trono para plantar coles, apenas si tiene la felicidad matices y escalas. Yo la definiría así: FELICIDAD.—Lo que no se posee.

Además, la felicidad depende en muchos casos de la imaginación.

Aquel sibarita cursi de la antigüedad que se acostaba en un lecho de rosas y no podía dormir en cuanto una hoja se doblaba, era realmente un desgraciado. Y seguramente él creería que lo era el gañán de sus posesiones que roncaba toda la noche tendido en el suelo apoyada en el brazo la cabeza.

Mas hora es ya de dar de mano á estas filosofías de cocinera sensible, para terminar como comencé, diciéndole á Fray Gerundio:

Es inútil perder el tiempo en pensar lo que haremos, porque hay dos ciudadanos que se opondrían resueltamente á que variásemos de bisies-

to en el momento mismo que tratásemos de intentarlo; ciudadanos que nos insultarían, nos abofeterían y nos escupirían á la cara; ciudadanos cuyo aplauso anhelamos, cuyo enojo tememos, y cuya opinión es la única que seguimos.

¿Qué quiénes son ese par de antipáticos? Esos en que usted está pensando ahora:

¡Usted y yo! Fray Gerundio, y
JOSÉ NAKENS

La cuarta generación

Lacierva dijo hace por ahora cinco años, que los descendientes de los revolucionarios de Barcelona se acordarían de la represión de los conservadores hasta la cuarta generación.

Creo que no será tanto; se vive desde algún tiempo acá muy de prisa, y se vivirá más todavía en adelante, para que pueda cumplirse esa profecía. Es más: de no haber fusilado á Ferrer, que perdurará en la Historia, apenas si sabría la generación que sigue á la que está en puerta, que habían existido un Maura ni un Lacierva, salvo aquellos individuos que se dedicaran á huronear en las Bibliotecas.

Y hubiera sido esta una gran suerte para los nietos de ambos, pues así no se verían obligados á ocultar su apellido, por no tener que bajar la cabeza ante sus contemporáneos.

En mi ya larga vida no he oído á nadie alabarse de que descendía de Calomarde, ni de Chaperon, ni de ningún otro verdugo. Y es que sin duda los que tienen la desgracia de contar con ascendientes tan pésimamente renombrados, deben cambiar de apellido para evitarse disgustos y sonrojos.

Que es lo que probablemente harán los biznietos de Maura y Cierva, al ver que sus apellidos van constantemente encadenados al de Ferrer, con tanta ignominia como los más execrados en la Historia.

El semanario *Los Miserables*, de Barcelona, ha publicado lo siguiente en su número extraordinario de 24 del actual:

Nuestra palabra

Para Moles y
para «El País»

¡A ese! gritamos, y «ese», el que en 1909, sintiéndose verdugo, dijo:

Si hiciere falta un voluntario para fusilar á Ferrer, yo me presentaría,

Juan Moles y Ormella, ha respondido á nuestro artículo, reproducido

por *El País* y por EL MOTIN, echándose á un lado, y fulminando indignaciones:

—«Eso» es una vil calumnia que un alma ruin pone en circulación de tiempo en tiempo.

—«Eso», es verdad. Lo juramos, extendida esta mano que nunca escribió ni falsas ni ruindades, por la blanca cabeza de nuestra madre, por nuestro honor de hombres, por nuestra fe de escritores republicanos que han conocido la cárcel y la emigración. ¡Pero si lo sabe toda la ciudad, si se corrió, ya en 1909, por toda la Cataluña; si es una frase que no pudo ser parida más que por ese hombre que lleva en su cara de sayón, en sus manos amarillas y magras, en su cuerpo amasado en sequedades, un voluntariado de muerte!...

¿Detalles de su frase? Pues detalles. Nosotros acusamos con testimonios vivos. Fué en el mes de Septiembre y en la Maison Dorée. Allí tenía su peña Moles, la famosa peña de *l'esquerra*, donde formaban Marial, Rodés, Salvatella, Calvet, el doctor Turró, el pintor Vilumara. A ella acudía entonces Mario Aguilar. De Mario Aguilar no puede dudar nadie. Que diga él lo que oyó en aquella peña, hasta que se vió obligado, perseguido por la policía, á emigrar también á Francia.

Se discutía la situación Ferrer, preso. Dos hombres de la peña hablaban aquella noche en liberal: don Eduardo Calvet y el redactor de *El Poble Catalá*, D. Ramón Noguer y Comet. Exaltado Moles, dijo aquellas sus palabras viles:

Si hiciere falta un voluntario para fusilar á Ferrer, yo me presentaría.

Al día siguiente corrían por toda Barcelona.

No las recogió aun la prensa diaria. Suspendida la publicación de *El Progreso*, *El Poble* y *La Tribuna*, ¿que periódico podía lanzarlas al desprecio de la ciudad, existiendo aún en auge la Solidaridad? Lo hizo un semanario, el *Capitu*, donde se refugió; durante la represión, y entre sátiras, la libertad, aquel *Capitu* que mereció de *El Progreso* y del *El Poble*, al reaparecer, largos elogios.

¿Por qué, entonces, no desmintió Moles la vil calumnia? Es que aún duraba la represión; es que aún mandaba Maura, y se confiaba en que el sepulcro de Ferrer lo sería para muchas cosas; y Moles calló, por la verdad de la frase, y porque quizás pensó sería galardón y no ignominia. Ahora el ¡Maura, no! es opinión y es gobierno, y Moles rechaza la paternidad de su frase.

Tan verdadera es, que durante las elecciones de 1910, los radicales de Lérida la fijaron en pasquines por todas las esquinas. La publicó y acu-

só de ella á Moles, *El Progreso*. La recogió, usándola más de una vez, ya en 1909, Miguel S. Oliver. Si es falsa, si Moles la rechaza, ¿por qué no lo hace desde un periódico de Barcelona, donde viven los que la escucharon, la repiten y la execran?

**

El País titula la rectificación de Moles «Calumnia rechazada». No esperábamos semejante salida de *El País*. Debió esperar nuestra respuesta; debió suponer que la verdad más acompaña á los jóvenes que todo lo dan á su ideal, que no á los avispos señores que han hecho de la política granjería, hasta el punto de hacer aparecido en caricatura, cuando fueron canchales, amanillados y entre civiles. Si no hallamos cariño ni justicia en hombres como Crastrovido, ¿á quién acudir ni en quién confiar?

Comenzamos el proceso de la frase de Moles. Buscaremos testigos, escribiremos declaraciones, adjuntaremos todo lo de su vida política, y solicitaremos de tres justos varones del republicanismo una sentencia. A ver si entonces Moles y Castrovido siguen lavándose las manos.

Para Castrovido y Nakens

Teniendo presente que ese... hombre con vocación de verdugo, que dijo:

Si hiciere falta un voluntario para fusilar á Ferrer, yo me presentaría,

ha desmentido vilmente nuestra acusación, ante el supuesto de que no tendríamos pruebas, os rogamos os toméis la molestia de leer los párrafos que á continuación publicamos, entresacados del manifiesto hecho público por los diputados de la izquierda el día 7 de Agosto de 1909. Dicen así los referidos párrafos:

«Después de los gravísimos sucesos ocurridos la semana pasada en Barcelona, y en otras partes de Cataluña, entendemos que ninguna representación genuinamente catalana tenía necesidad de hacer pública su protesta. *El pillaje, el incendio, la profanación de cadáveres, y otros actos de vandalismo ocurridos en aquellos días, no pueden ser considerados por nadie como manera de expresar su voluntad la democracia catalana...*

«... condenamos en nombre de nuestros representados, la perpetración de los crímenes cometidos...»

Lo firma, entre otros canallas

JUAN MOLES ORMELLA

*Diputado republicano en 1909
Senador republicano por Lérida*

Y ahora decidnos, vosotros, Nakens, Castrovido, ¿es mearse fuera del tiesto creer que quien firmó el manifiesto de la izquierda, pudo

muy bien tener deseos de fusilar á Ferrer voluntariamente?

Si sois sinceros una vez más en vuestra vida, tendréis que afirmar, como nosotros afirmamos, que

Juan Moles Ormella
dijo:

Si hiciere falta un voluntario para fusilar á Ferrer, yo me presentaría,

Después de deshonorar á los revolucionarios, lo lógico es fusilarlos.

Moles los deshonoró en el manifiesto del 9 de Agosto, y quiso ejecutarlos el 13 de Octubre de 1909.

La razón esta de *Los Miserables* me ha convencido. No se comprende que un hombre acusado de haber pronunciado tan terrible frase, no se apresurara á justificarse inmediatamente que se hizo pública. Pero todavía se comprende menos esto: que haya obtenido después de 1909 un solo voto para diputado ó senador, que de otros de los mauristas, si sabían los republicanos que pronunció la frase aquella.

En el mismo caso se hallan Salvatella, Rodes y cuantos han sido elegidos después de aquella cobarde é inicua protesta del 9 de Agosto; cobarde, si la hicieron para ponerse á salvo de toda persecución; inicua, si tuvieron conciencia de que el Gobierno pudiera apoyarse en ella para perseguir y castigar á los revolucionarios; aunque esto no lo creo.

No me había enterado hasta ahora de estos actos; si antes los hubiera sabido, antes los habría execrado, no obstante haber sostenido varias veces que todo puede y debe perdonarse en política. Verdad es que al decirlo, no pude ni soñar que se diera el caso de que un republicano condenara á los correligionarios ó afines vencidos en una lucha sostenida por una causa justa varonilmente y cara á cara.

Pedro negó á Cristo al verlo preso, arrepintiéndose y llorando después. Esos señores fueron más allá: se anticiparon al fiscal en la calificación de los actos que realizaron. ¡Qué triste es todo esto!

Maura y Lacierva han sido generosos con ellos. Cuando han dicho que nadie les pidió el indulto de Ferrer, siendo mentira, pudieron haber añadido esto otro: «En cambio los señores (aquí los nombres), diputados republicanos, juzgaron los sucesos de Barcelona de igual manera que nosotros, y uno de ellos (aquí el nombre) se ofreció voluntariamente á fusilar á Ferrer.

Comencé estos renglones diciéndole que me ha convencido la razón de *Los Miserables*, y los termino rogando á los queridos compañeros que redactan el valiente semanario, que me perdonen la debilidad de que doy muestras al desear que el

Sr. Moles logre con pruebas irrefutables convencernos á todos de que no pronunció la frase que se le atribuye.

Quedar bajo el peso de una acusación tan horrible, sería para él mil veces peor que ser fusilado en Monjuich.

LA LEY DEL FUERTE

Cuando llegue á manos de mis lectores este número, es posible que anden ya á cintarazos Austria y Serbia, y que Rusia, Francia, Alemania, Italia y quizás Inglaterra, se estén preparando para lo mismo.

Unos son católicos, otros protestantes, otros cismáticos, es decir, todos profesan, más ó menos ortodoxamente, la religión de aquel que dicen que vino á poner paz entre los hombres; y, á pesar de esto, están deseando ver cuanto antes encharcada de sangre la tierra, extensas comarcas sembradas de cadáveres, florecientes ciudades convertidas en escombros, el incendio acabando con lo que la metralla respetó y centenares de miles de seres desolados, sin albergue, sin pan, sin consuelo, sin esperanza...

Los formidables inventos de estos últimos tiempos, globos, aeroplanos, submarinos, explosivos de potencia inverosímil, serán ahora aplicados á la destrucción por hombres que adoran á un Dios al que los ministros de las diferentes sectas cristianas dirigen en sus templos á diario esta salutación: ¡Gloria á Dios en las alturas y pan en la tierra á los hombres de buena voluntad! ministros que están ya, para mayor sarcasmo, pidiéndole en preces fervorosas el triunfo para la nación sobre que gravitan.

Al ver esto, y pensar en que hoy, como cuando dicen que había sólo tres hombres sobre la tierra, el más fuerte extermina al más débil, se entra en ganas de anular ciertas teorías hermosas que en la práctica no resultan: amor al prójimo, fraternidad universal, derecho, ley, justicia, y dedicarnos á ensalzar y deificar la violencia, la agresión, el asesinato colectivo, como las únicas acciones dignas del hombre que llaman civilizado, ya que ellas son, con este ó aquel disfraz, las que imperan, las que se imponen, las que deciden, según tantas veces hemos visto y estamos viendo en estos instantes.

¿Austria es más fuerte que Serbia? Pues á agredirla; y después que la haya destruido, que los ministros de la religión católica, casi tan prepotente allí como en España, canten un *Te Deum* en acción de gracias al Dios que mandó su hijo á la tierra para predicar la paz y preparar el reinado de la justicia.

Cuando Hobbes pronunció su céle-

bre frase: «el hombre es un lobo para el hombre», injurió á los lobos. Los de las montañas de Austria no morderán á los de las montañas de Servia, sino que fraternizarán en el festín de cadáveres que va á ofrecerles el hombre, la obra maestra de la creación, dotado de inteligencia, razón, alma, y redimido además con la preciosísima sangre de Cristo.

¡Cuánta mentira, cuánta infamia, cuánto crimen!

¿Si tendrán razón los jesuitas que no reparan en medios para conseguir sus fines? J. N.

NOTA. Se me ocurre en este instante pedir al vencedor en la contienda, que envíe después de cantado el *Tedeum* una batería á La Haya, para destruir á cañonazos el ridículo palacio de la Paz, distribuyendo á continuación entre los manicomios más cercanos á cuantos hayan entrado en él una vez siquiera.

Explicación necesaria

He recibido tantos artículos interesantes sobre la cuestión Ferrer durante la semana última, que podría llenar con ellos tres ó cuatro números.

En la imposibilidad de publicar los todos, como desearía, he optado por no insertar ninguno. Prefiero que se enojen de momento conmigo los autores de todos, por suponerme descortés, á que sospechen algunos que no inserto sus trabajos por parecerme deficientes, no siendo verdad.

Todos son aceptables, y hasta hay diez ó doce que hubiera publicado con mucho gusto para honrar las columnas de EL MOTIN.

Anal de maurista

Estos mauristas son indignos de beligerancia. Nos arrepentimos de haberlos elogiado, con justicia, algunas veces.

Promueven, imbécilmente, estúpidamente, algunos de los suyos en el grotesco «Mamporro» (el hombre representativo del maurismo) á la cabeza, la algarada antiferrerista; envían tarjetas á Bruselas, nos provocan, nos excitan ó nos invitan; escribimos, hablamos; urden en el Ayuntamiento de Sevilla una protesta contra el monumento á Ferrer tan amañada y falsa como las elecciones municipales; replican los sevillanos honrados en el admirable manifiesto que el otro día publicamos, pretenden realizar una manifestación, y cuando el maurismo toca las consecuencias de la botarata de su campeón, Delgado Barreto (á «Mamporro», los mequetrefes, los buscavidas de la abyecta Defensa

Social, de Barcelona se van al gobernador en petición de que prohíba mítines ferreristas, y al presidente de la Diputación con ineptias que el Sr. Prat de la Riba ha tenido la debilidad de contestar.

Y aquí, en Madrid, la Juventud maurista que parecía más culta, que realizó una gestión electoral plausible, que tiene media docena de inteligencias, nos sale ahora con un necio Mensaje al ministro de la Guerra, demandando de él una ilegalidad.

Mienten los que aseguran en ese Mensaje que Ferrer fué jefe de la rebelión, y cometen una bellaquería los que insultan al que asesinaron.

Los ferreristas no injurian á la patria, puesta en entredicho ante el mundo por los funestos gobernantes de 1909. Injurian al Ejército los mauristas, porque tratan de hacer de él pantalla para sus bellaquerías, escudo para las protestas de la nación y escabel para recobrar el Poder.

Ese Mensaje de los provocadores de este movimiento es una canallada, es una indignidad, es una prueba más de que el maurismo es un peligro nacional, es incorregible.

Es, además, una arbitrariedad y una estolidez. La manifestación de Sevilla es lícita y no es la primera celebrada por los llamados ferreristas; en Madrid se celebró una para pedir la revisión de los procesos de 1909.

¿Qué pensar de esa gente que saca, como suele decirse, los perros á bailar, que plantea la cuestión Ferrer, que nos obliga á discutir con ellos, y luego, cuando tocan las consecuencias de su torpe conducta, piden auxilio al ministro de la Guerra, y cometen la canallada de echarnos al Ejército encima, diciendo bellacamente, vilmente que lo injuriamos?

He ahí, imbéciles republicanos tolerantes con el maurismo, incensadores de Maura, lo que sería ese hombre en el Poder.

¡Maura, no; Maura jamás!

Gracias, mauristas y defensores sociales: habéis vuelto á encender el odio en nuestro espíritu.

El País

EL VIATICO

El enfermo tiene alguna esperanza; quizás no muera; muchos otros se han salvado de aquella misma enfermedad.

Pero entra el cura, y desde entonces la idea de la muerte no le abandona.

Debe ser grande el número de individuos que mueren al año por la impresión terrible que reciben al ver entrar el Viático, aunque ellos mismos hayan pedido que se lo lleven.

Tal vez esto explique el gran empeño que ponen los parientes de los enfermos que dejan una gran fortuna, en que reciban á tiempo los últimos sacramentos para que no corra peligro de condenarse su pobre alma.

PEY ORDEIX

Ha regresado á Madrid.

A continuación van los extractos que ha publicado *El Pueblo* de las conferencias dadas por él en Valencia, Carlet, Cullera y Játiva.

La Iglesia y el Estado

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA
- DE PEY ORDEIX EN CULLERA -

En aquel tiempo, la creencia popular del país que nos sirve de estudio, era profundamente religiosa; y como en toda religión social y colectiva, la creencia tenía por extremos fundamentales los conceptos de «Dios» y de «hombre», á quienes unía la religiosidad.

Mas entonces, como siempre, Dios, símbolo del absoluto infinito, hallábase á infinita distancia de la menuda y finita capacidad del hombre; y entre ambos nació la raza sacerdotal que dice á Dios: «soy el hombre» y al hombre «soy tu Dios», y dijo al mundo: «todos los demás pueblos sois hijos de las tinieblas, de la ignorancia, del vicio y de la maldad; sólo el mío es santo, sólo él es digno de existir; él es el pueblo de Dios, y el heredero de sus derechos, de su dominio universal, de su autoridad sin límites; todo cuanto dice es cierto, aunque sea falso antes de decirlo; todo cuanto quiere es santo, aunque antes fuese perverso é inmoral. Nuestra doctrina es infalible; nuestra ética indiscutible.»

Y el pueblo aquel, adulado y lisonjeado é hinchado de vanidad, exclamó: «¡viva el sacerdote! Armémonos de todas armas; acometamos á los demás pueblos; destruyámoslos si no se rinden, y aclame toda la tierra á este Dios que es nuestro imperio sobre los demás y nuestra soberbia.»

Luchó el pueblo con varia fortuna, más al constituirse triunfante, el sacerdocio siguió hablando y dijo:

—Pueblo miserable, ¿qué sabes tú de Dios? ¿Qué puedes tú con Dios?— El pueblo reconoció que nada sabía y nada podía. Y entonces el sacerdote dijo:

—Dios es Dios y yo soy su ministro. Dios es mudo, yo hablo por Él; Dios está inmóvil, yo soy su brazo. Yo soy el mediador. Sin mí el pueblo estaría sin Dios y Dios estaría

sin pueblo. Y así yo soy la continuación visible del Dios invisible.

Y como era Dios, se hizo señor supremo, juez supremo y supremo legislador. El sacerdote fué Omnipotente. El pueblo escuchaba sus teorías, por absurdas que parecieran, y las aceptaba porque Dios no las desmentía.

El imperio sacerdotal fué despótico, y en su reinado se fué plagando de vicios y de maldades. Su corrupción era el escándalo perenne; su avaricia y rapacidad, sin medida. Su crueldad, sanguinaria, feroces sus pasiones, criminales sus instintos. El pueblo era escabel, guardián y alcahuete de sus siete lujurias; él reía y el pueblo lloraba. El triunfaba y el pueblo era oprimido; para éste el hambre y con ella la enfermedad, la imbecilidad, la degradación...

Y así pasaron los siglos...; ya véis que no hablamos de nuestro tiempo, aunque lo hayáis creído. Hasta que un día surgió en la plebe un hijo sin padre conocido que en su vida errante y mísera fué aprendiendo y cargando los dolores todos de los miserables, los escarnios todos de los omnipotentes, é inteligente, genial él, ágil y animoso con el impulso de la indignación, se encaró con Dios por encima del sacerdocio y le habló de esta manera:

—Dios: si la humanidad es tu familia, mira en ella á unos hermanos estallando de hartura y otros muriendo de hambre. Si eres el amor, mira sus odios. Si eres la equidad, mira esa plebe hecha imbécil, y el sacerdocio hecho astuto...

Hablaron. Y vino á su pueblo, teniendo en su pecho un volcán y hecha espada su lengua blandiendo el mazo de la razón y tronando imprecaciones. Su campaña despertó las masas. El pueblo levantóse. Cerró los puños amenazador. Sus discursos eran estos:

—¿Qué habláis de templo? Decid cuevas de ladrones. ¿Qué habláis de culto? Decid negocio de mercaderes. ¿Qué os llamáis virtuosos? Decid hipócritas. ¡Abajo ese templo que de por sí es ya una blasfemia! Pueblo: un templo hay fuera de ti: el Universo. Un templo dentro de ti: tu conciencia. Un sacerdote: tu voluntad. Un culto: tus obras.

El sacerdocio es impío, falsario, impostor. Profana á Dios cuando le da vivas. Blasfémale cuando le reza. Yo soy la destrucción del templo y el exterminio de su sacerdocio...

Indignado oyó el clero feroz estas doctrinas sediciosas, revolucionarias y anarquistas. Juntáronse sacerdotes y jueces, y dijeron: «Acabemos con él».

Y murió en el patíbulo.

Esto ocurrió hace dos mil años. El ejecutado se llamaba Jesús de Naza-

ret, por mofa rey de los judíos, como ahora es llamado por mofa rey de los cristianos.

Sus verdugos fueron la Sinagoga y el Estado, á quienes combatió llamándoles «Principado de las tinieblas, imperio de Satán, poder del Averno».

Las doctrinas quedaron firmes. El Estado, ese concordado, era el Bolial del cristianismo.

Cuando el progreso de las ideas invadió oficinas y ejércitos, el pueblo cristiano (que esto significa la palabra Iglesia), fueron declarados excomulgados de su seno el magistrado y el soldado en tanto que no dejaran sus armas y su oficio. Estado é Iglesia eran incompatibles. Sólo en ese punto podían juntarse: en el suplicio. Sólo un abrazo cabe entre ellos: el abrazo del verdugo á la víctima.

Pasaron más años, y en el seno del cristianismo se produjo á su vez el sacerdocio, que á semejanza del judío y por su mismo camino, llegó á decir al pueblo: «Yo soy tu Cristo... Cristo es... lo que yo digo: hacer lo que yo quiero en el cielo. El es el ejecutor de mis decretos. Si quieres servirle á él, sírvenme á mí: adórame...»

El pueblo adoró al sacerdote.

Y el clero se fué al Estado, cual otro Judas, y díjole:

—¿Cuánto das por el Cristo venerado de mi pueblo? Yo te lo entregaré. Es ya fuerte, es poderoso. Sus sectarios son infinitos. Comprámelo. Te lo entregaré beándole...

Se hizo el contrato. Desde entonces el clero dice:

—El mundo enemigo de Cristo no es el Estado, ni las pompas mundanas son obstáculo para la perfección. En adelante arrojaremos al infierno á todos los que Cristo bendijo, y elevaremos al cielo á quienes El maldijo. Venid, bienaventurados: vosotros los ricos, los poderosos, los triunfadores, los del éxito, los de la habilidad, los que tenéis y podéis... venid á mí... ¡Allá, malditos, los miserables, los lacerados, los hambrientos!... ¡Allá... allá... donde no os vean mis ojos...; allá, presitos... ¡Sois los malditos de Dios!...

Iglesia y Estado desde entonces bailan en la nación el «agarrado» en todo el género; desde la sardana al garrotín, ora sueltos, ora en pareja, ora en traje de malas, ora sin él. La danza esa se llama Concordato.

Mas la Iglesia, que según frase de Miguel Servet, es la gran ramera del Apocalipsis, es «celibataria» por naturaleza: no se casa con nadie. Cuando el capricho ó la necesidad la fuerzan á fingir amor se arrastra, coque-

tea, llora... Cuando ya tiene vencido al galán, ora lo exhibe si le conviene para darse tono de poderosa y de terrible, ora lo arrincona y aprisiona entre rejas.

Tal está ahora el Estado español.

El funcionario del Estado la detesta, harto de sus vicios degenerados, de entidad vieja, sucia, plagada de males de los contagios adquiridos en el impuro comercio con los gentiles. Todos los funcionarios desde el monarca al alguacil. Desde el monarca. Ahí están las declaraciones de estos postreros años. Desde el presidente del Tribunal Supremo. Ahí están sus discursos en las aperturas de Tribunales. Desde los presidentes del Consejo: ahí están los programas de Canalejas, de Romanones, de Dato... y aun de Maura. Desde el coronel Salvador al empleado de la cárcel. Todos se avergüenzan de este contubernio, del cual resulta el Estado español hecho el «majo» de lo que Servet llamaba «casa de lenocinio eclesiástico»; y como «majo» de tal entidad, ahí le tenéis odiado por los Estados independientes.

En este oficio de «majo» el Estado español es forzado por su dueña la Iglesia, siempre hambrienta, á extraer del pueblo con el cuchillo del presupuesto, los millones que garantizan sus rentas, á ampararle en todos sus caprichos de estafa y de captación, para que ella pueda lucir galas, enjaezarse con joyas y dorados, perfumarse con incienso y adormecerse con músicas. El Estado es forzado á ser perseguidor de ideas, sosteniendo el papel de corchete del Santo Oficio; á sostener leyes inmorales é inicuas, ofensivas de la humana dignidad; á amparar y encubrir sus delitos y abusos... ¡Interminable lista de servicios... de alcahuete, de bravucón y aun de homicida, que le ganan la fama de ignorante, bárbaro, cruel y tirano!...

¡Cuán caros paga además estos servicios!...

El desprecio mundial, el anatema universal, el continuo insulto al escudo de la Patria, la execración del nombre de España fuera de la nación; y dentro de ella, la miseria popular con todas sus consecuencias; la mengua del trabajo; el crecimiento de célibes renegados del trabajo y de la paternidad, y proveedores de hospicios; el aumento de los fugitivos que piden redención á la apostasía y van aumentar prostíbulos ellas, y la mendicidad ellos, y todos la vergüenza nacional. Y para colmo de males, la indignación del pueblo que ruge revolución, devastación y exterminio por un lado; y rugidos de guerra civil por otro; adueñándose de calles y plazas poco á poco los bandos de «requetés» ó de «bárbaros», retoño de aquellos bandos, que

fueron germen y preludio de las guerras de Comunidades, que en Valencia tuvieron por causantes á aquellos renegadores del matrimonio y de la mujer, que evaron el «pecado nefando» y la «bestialidad» á sport de la aristocracia piadosa.

En pago de tanto servicio ¿qué da la Iglesia al Estado?

El pago de la dueña aquélla á un «majo» envilecido.

En sus libros de teología política, enseña á odiar el Estado reducido á brazo «izquierdo» del clero; en su Moral, enseña la licitud de la estafa al impuesto público. Sustrae sus riquezas á la tributación, cargando al mundo seglar la parte que á ella le correspondía, y... en fin, sustrae al Ejército las veinte mil frailes que debieran estar en las filas y no están, y cuya deserción han de llenar los hijos del obrero, que halla la muerte en el sitio donde debió morir el fraile apóstata del servicio, y que, en tanto el burlado lucha y muere en la guerra, él come en la mesa de su familia, si ya no seduce la novia ó arrastra á la maldad á la hermana. ¡Así paga el Diablo á quien le sirve!

¿Qué hará el pueblo español en tal situación? ¿Será bastante capaz para rescatar de su cautiverio al Estado? ¿Obligará á este á redimirse? ¿Cómo?...
¿Cuándo?...
¿Todavía...?

Por este extracto puede adivinarse el interés con que fué escuchado el orador, por un público que estuvo pendiente de su palabra durante hora y media.

El Pueblo, 21 Julio.

SOCIALISMO Y CATALICISMO

Conferencia de Pey Ordeix

El eminente escritor anticlerical Pey Ordeix dió anteanoche, ante numerosísimo público y entre grandes y frecuentes aplausos, una conferencia en el Círculo de Unión Republicana del distrito del Museo.

He aquí, en síntesis, cuanto dijo nuestro colaborador:

El tema anunciado—comenzó diciendo el conferenciante—fué tratado en la primera parte hace 17 años, en seis sermones predicados en San Martín y en la Catedral. En ellos exponía y sostenía las doctrinas evangélicas de los santos padres y de los tiempos heroicos del cristianismo: lo que me decían en aulas y libros ser la base del catolicismo.

Aquellos sermones me valieron

la persecución de la Iglesia, que me consideró estar en ella, pero no ser de ella; y, en efecto, aquellas doctrinas eran radicalmente socialistas, comunistas y anarquistas. Yo estaba poseído y embelesado de ellas; yo trataba de penetrarlas y de irradiarlas. Ellas y yo fuimos arrojados del catolicismo, como extraños é intrusos. No éramos de ellos. Era vuestro. Aquella no era mi casa: ahora estoy en la mía y entre los míos. Y ahora vamos á entrar en la segunda parte del tema, á la sazón interrumpida.

Para reducir á su mayor síntesis las teorías de las tres grandes escuelas, socialista, cristiana y católica, forzoso es buscar un cuadro en que quepan en miniatura.

Del socialismo no hay que hablar: todos estáis iniciados en sus principios.

Del cristianismo y del catolicismo hemos de hablar y sus doctrinas hemos de condensar.

Y para ello, nada más gráfico que lo que vamos á ver.

El cristianismo es Cristo, su Evangelio, sus apóstoles y sus mártires.

El catolicismo es el Papa, sus palacios, sus templos y las imágenes de aquellos mismos santos y héroes. Adviértase bien: el cristianismo es los santos vivientes, lo que fueron, lo que hicieron, lo que tuvieron. El catolicismo es los estatutos de aquellos santos; lo que son, lo que tienen, lo que hacen.

En muchos pasajes, Cristo tocó la cuestión social á su manera. En una ocasión hizo el resumen gráfico de todo lo dicho y el juicio definitivo. El lo llamó con este propio nombre: «juicio universal»: visión maravillosa de una fantasía alumbrada por el foco de la justicia absoluta. Ahí establece el cielo y el infierno.

No hay más que una virtud y un pecado. El pecado que lleva los malditos al eterno castigo; la virtud que confirma en la felicidad eterna.

Mérito y pecado estriban en un concepto único, á saber:—Dios vive en el hombre y padece las injurias que á éste le infieren.

—Lo que habéis hecho á vuestros hermanos, esto lo doy por hecho conmigo.

Y oíd la sentencia:

—Benditos, los que saciásteis mi hambre y apagásteis mi sed, en la persona del miserable: venid á mí.

—Malditos para siempre los duros de corazón que me visteis oprimido en la persona de vuestros prójimos, y pasísteis de largo y os fuisteis á vuestra comodidad.

—Malditos, ¡al Averno!—Benditos, á mi diestra.

Esta es la sentencia irreparable, clara, terminante, suprema; es el juicio

final contra el cual no cabe apelación. Este es el cristianismo.

En nombre de esta sentencia universal y definitiva emplazo á comparecer á juicio al catolicismo, con sus Jerarcas y con sus santos.

A ellos les exijo cuentas, y les digo:

—Cristos de Lepanto y de la Seo, Vírgenes de Montserrat y Covadonga: vosotros todos, veis á Dios hambriento en la persona de sus hijos. Y tú, Virgen, que contemplas la desnudez del niño y escuchas las quejas de la madre, guardas en los cajones tus mantos y tus joyas que se apolillan.

Tú, Cristo de Lepanto y Santo Tular, ves rugir la tormenta en la calle y sobrevenir la oscura y lutada noche, y ves tiritar á Dios en la persona del miserable á quien tus criados arrojan del templo á empujones.

Estáis condenados. Os coge de lleno la sentencia de Cristo: ¡al infierno!

Ahí tenéis, pues, en este punto, el cuadro religioso. El Cristo de carne y de verdad, en su Juicio Universal, condenando implacable al fuego eterno á los Cristos y Vírgenes de palo, muchos grandes propietarios y grandes capitalistas. En la siniestra están y de ella no podrán salir.

Pero ved á la Iglesia á su vez escondiendo esta sentencia y falseándola, desmintiendo á Cristo en sus teorías y en la práctica, abrazada á la usura sin entrañas, al banquero sin ley, al mercader sin escrúpulos, al capital explotador, y diciéndoles: ¡Vosotros sois mi diestra!

Ved la Iglesia profanando las figuras de sus santos, con las actitudes que les imponen.

Si la Virgen hilandera hubiese hecho lo que hacen estas Vírgenes católicas; si se hubiese enjaezado de joyas y galones, deslumbrando la vanidad de la más provocativa coqueta; si Cristo hubiese hecho eso que hacen los Cristos de Lepanto y de la Seo, ¿habría sido Cristo? ¿Habría conquistado las masas? ¿En qué lado habría sido condenado por su propia sentencia?

Mas esta Iglesia, radicalmente anticristiana, radicalmente impía y falta de piedad con el hombre, cuando vió surgir el socialismo moderno que viene á reclamar el imperio legal de aquella justicia, de repartir el dolor y la felicidad; para que el miserable deje de serlo y deje de estar sobrado el soberbio; cuando el pueblo clamó justicia y equidad!, el Papa en el «Syllabus» desenvainó la sanguinaria espada del anatema y la descargó con la furia de su enojo contra la naciente escuela. El socialismo fué condenado.

Después de cincuenta años de lu

EL MOTÍN



El bello ideal de EL MOTÍN: Ver tomar el tren a los individuos de esa tropa que hay en España.

cha, el socialismo salió de la refriega más fuerte y numeroso.

La aurora de la victoria definitiva alboreaba en el horizonte del tiempo. La Iglesia sagaz y astuta escondió el «Syllabus», y de súbito se ha presentado á las masas con el gorro socialista.

Al presente está en plena efervescencia. Ahí aplica su gran actividad, esperando poder sacar nuevamente el «Syllabus» ahora arrinconado.

Su codicia no para en escrúpulos; siembra la división y discordia en la masa obrera; inspira el odio; irrita y encona los espíritus y ella se solaza contemplando su gran obra de arte, la lucha fratricida de la masa obrera, con el embeleso con que Nerón contemplaba el incendio de Roma.

Entre las muchas armas que en esta guerra esgrime, se halla el arma religiosa, y alega, prostituyéndolo, el sentimiento cristiano. Esta arma es la que hemos de arrebatarse, replicando á sus invocaciones:

— ¡Falsaria! No eres la amiga de Cristo, sino su enemiga. No eres religiosa; tu religión eres tú misma. Tus santos y patronos están en el Infierno del Juicio Final.

El Pueblo, 23 Julio.

La civilización de la vida

Catolicismo y paganismo

Conferencia de Pey Ordeix en Carlet

El espectáculo que ofrece Carlet en este teatro y en estos momentos, es halagüeño y emocionante. Creería ser un sueño si no estuviese cierto de la realidad.

Veo aquí, radiando hermosura y entusiasmo, al florido mujerío de la villa, con la avidez en la mirada, con la sonrisa en los labios, con la alegría franca, sencilla é inefable de una fiesta de los espíritus.

Estos espectáculos se ven en el extranjero; mas en España ¿quién lo imaginara? Yo comparo es e mujerío que llena palcos y plateas con aquel mujerío que veía antes en los templos.

Allí, en la semioscuridad, llegaban al úlpito miradas de ansia y de congoja á las veces trayendo rayos de pasiones oscuras; era la mujer de las cavernas, cuyos ojos, faltos de luz exterior, necesitaban alimentar su fulgor con el fósforo del cerebro: fulgor de caverna, de extrañas angustias. Aquí, iluminados vuestros rostros por focos luminosos, en todo vuestro semblante se transparenta la sinceridad de vuestros sentimientos, puros y limpios, que nada ne-

cesitan esconder y pueden exhibirse como galas de la honestidad perfecta, que no necesita más caudal que el de su propia belleza para inspirar veneración é imponer respeto.

¿La mujer de Carlet aquí? Yo os felicito, mujeres europeas. Sois la corona de la obra libertadora de vuestros hombres, y éstos y vosotras sois la corona magnífica y soberbia de este insigne Padre del Pueblo, que puede presentaros orgullosos al certamen de la civilización. ¡Albricias, insigne Palafox!.. Este pueblo es digno de tal apóstol. Este apóstol es digno de tal pueblo.

Y pues esta villa está ya moralmente redimida de la esclavitud eclesiástica, ella es al que en España debe tomar la vanguardia en el complemento de la obra, cortando todos los lazos físicos que os atan todavía á la Iglesia, por fuerza de la costumbre y del prejuicio.

Muchos sois libres ya, y lleváis á bautizar los hijos, os casáis en la iglesia y le entregáis en depósito vuestros cadáveres.

Este es el catolicismo general en España, en donde el católico que cree no practica, y el hombre libre practica y no cree. En el uno hay falta de fe, en el otro hay sobra de prácticas. La fe del creyente, es muerte; la obra del incrédulo, es fuente de vida.

Mientras perdure tal estado de cosas no será perfecta la libertad ni plena la honradez que llama hipocresía, lo mismo á esa mala fe del creyente, que á esas malas obras del incrédulo.

Sin embargo, al tratar de cortar esas ataduras, es preciso estudiar su fuerza y resistencia y estimarlas en su valor primitivo.

Muchos creen que esos actos eclesiásticos son esencialmente religiosos y nacidos del cristianismo.

Es gran error. No había nacido Cristo todavía, y ya la humanidad solemnizaba esos momentos culminantes de la vida. Igualmente habrán desaparecido las religiones positivas sin quedar rastro de ellas, y la humanidad continuará estas fiestas.

El cristianismo era adversario de ellas. No era el bautizo para los niños incapaces de entender y responder á las preguntas que se les dirigían.

De las bodas no fué Cristo más que un invitado al cortejo, sin autoridad de sanción ni de consejo.

Del entierro hizo el acto de ordenar á un discípulo suyo á dejar el entierro de su padre.

Nada de ello es, pues, cristiano: todo es pagano. Es el culto de la vida presente, contrario al cristianismo despreciador de esta vida.

Del paganismo sacó, pues, la Iglesia esas fiestas. Y siendo este culto

lo único que le resta como base de su poder y subsistencia, bien puede decirse que al atravesar los siglos ha ido apostatando y renegando de aquella religión de «verdad» y de «espíritu» que inició Cristo, y en su lugar abrazó y adoró la grosera religión del paganismo, con sus templos, sus estatuas, su sacerdocio, sus vicios y sus inmoralidades.

No hay, pues, valor alguno cristiano en esos actos. Con sarcasmo del sentido común y con herejía contra los primeros dogmas, se administra al niño el bautismo, sin quererlo y sin saberlo: y con escarnio de la seriedad, pues bautiza al hijo de padre incrédulo y de padrino incrédulo, que dicen al sacerdote: «creo» mintiendo, y sabiendo el sacerdote que mienten.

Como se casa sacrílegamente á los novios conocidos del cura por incrédulos, se administra á impíos el santo entierro.

En tales ceremonias puede decirse que no se administra el Sacramento, sino el sacrilegio solemne.

¿Qué valor les queda, fuera de este valor sacrílego?

Todo el valor de esos actos es el pagano, el material: el de festejar la vida en el acto de legar un nuevo ser á este planeta, trayendo á los padres el cariño de hijo, el abrazo de la fraternidad á los hermanos, el ciudadanismo al Estado y un retoño vital y perenne al linaje caduco. Los padres, la familia, sienten la emoción que desborda y pasa al público y esa fiesta ha sido la sofisticada con el bautizo.

Así al emocionante paso de la mujer de la niñez á la pubertad, se ha pegado la fiesta de la primera comunión. Así al triunfo de la virtud de la mujer que ha conquistado al esposo, acompaña la función del matrimonio y á la muerte, celebra con lúgubres cantos el dolor de los iastimados.

Para desarraigar de esas costumbres, lógicas y naturales en su origen, la mancha eclesiástica, es necesario buscar formas estéticas de solemnidad que satisfagan aquellos sentimientos del corazón, eliminando la parte supersticiosa, abusiva, industrial, falsa y aun anticristiana de la Iglesia, y restituyéndolas al ser natural.

Para lo cual, los que deben sostener la batalla anticlerical han de organizarse debidamente, imponiéndose este trabajo de reconquistar al clero este reducto, último que le queda entre vosotros.»

Los librepensadores de ambos sexos de Carlet, que llenaban el teatro «El Siglo» de aquella hermosa población, ejemplo de anticlericalis-

mo, aplaudieron repetida y calurosamente la notable conferencia de Pey Ordeix.

El Pueblo, 25 Julio.

La palabra de Dios rectificada

A la mujer dijo Dios: «Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, etc...»

Así lo dice la Biblia en el Génesis, capítulo tantos, versículo no sé cuántos. Cito de memoria porque no tengo á mano el «Libro de los Libros» que no ha podido acompañarme en mi xpatriación y que con los otros míos aguarda en Barcelona *mejores días*, que tardarán á la cuenta mucho en lucir:

Como se ve la punición impuesta por Dios á la mujer en castigo del pecado de desobediencia á los divinos mandatos cometido por Eva, la primera mujer, es categórica.

«Con dolor parirás los hijos.»

Y el castigo divino desde que el mundo es mundo, ó por mejor decir, desde que lo pueblan seres humanos, ha venido terrible é inflexiblemente cumpliéndose.

Pero todo, por lo visto, tiene fin en este mundo, sin exceptuar siquiera los fallos divinos.

De hoy más no existen para la mujer los dolores puerperales.

La ciencia acaba de rectificar la palabra del Dios de Israel que condenaba á la mujer de por vida á parir con dolor los hijos.

Va escuetamente la noticia científica que el telégrafo nos comunica desde París con fecha 21.

«El profesor Ribemont-Dessaigues ha enterado á sus colegas de la Academia de Medicina de un descubrimiento muy interesante en obstetricia. Se trata de un nuevo agente analgésico.

»El eminente profesor quedó maravillado cuando los inventores del medicamento, el químico francés M. Georges Paulin y el doctor Pierre Laurent, de Bois-Colombes, se presentaron en el Hospital Beaujon, en sus salas de la maternidad, suplicándole comprobase la eficacia de su producto.

»Algunos días más tarde, M. Ribemont-Dessaigues, inyectó aquel producto á tres mujeres con los dolores del parto. Seguidamente á los gritos de dolor habituales en las pacientes siguió un silencio absoluto. El profesor no se dió por satisfecho. Analgesió á más de cien mujeres, obteniendo siempre resultados concluyentes. Dedujo de ello que la solución del problema tan largo tiempo buscada de suprimir los dolores del parto sin modificación del trabajo

fisiológico, es hoy una conquista realizada sin peligro alguno para la madre ni para el infante.

El sabio profesor indicó á sus colegas que ha simplificado la técnica y puesto así al alcance de todos los médicos un medio de evitar las angustias del parto á la mujer que, de hoy más dará á luz sus hijos sin dolor alguno y sin estar dormida.»

¡Descubrámonos con respeto ante el talento de los hombres de ciencia que, suprimiendo el dolor, aumentan la alegría de vivir y contribuyen á hacer de la tierra un verdadero Paraíso en oposición al falso Paraíso de las religiones!

Y allá la Iglesia se las componga para *ar eglar* la rectificación que á la palabra divina ha impuesto la ciencia:

Otra falsedad que se derrumba...

CRISTOBAL LITRÁN

Montpellier, 23 Julio 1914.

¡Quanta cura!

¡Un cura... dos curas...

seis curas... diez curas!...

Estas las figuras

de Reinosa son...

No voy á un paseo,

ni un río vadeo,

sin ver un manteo

de negro crespón.

Esta no es la villa

de la pantortilla,

de la mantequilla

y del queso «ful»...

Esto es un revuelto

Seminario suelto,

que pasea envuelto

en su negro tul.

Aquí hay curas sanos,

morenos, y canos,

jóvenes, y ancianos,

y de buena edad...

No me choca. Pura,

que aquí en esta altura

encuentre, al fin, «cura»

toda enfermedad.

¡No es fama de mote.

ni es falso estrambote!...

¡Tanto sacerdote

jamás ví en montón!...

Curas hay de tropa,

curas de otra ropa,

curas en la sopa

y hasta en el colchón.

¡Aquí el sexo bello,

con tanto doncello

de blanco alzacuello,

se encanta en su fe!...

¡Por eso, ayer, Rosa,

que vino á Reinosá,

muy tuberculosa,

«curada» se fué!...

—
¡Tal es esta villa

donde á maravilla

la sotana brilla!...

¡Tal es la ciudad!...

¡Para un veraneo

no es un pueblo feo,

pero es archineo!...

(¡Qué casualidad!)

LUIS DE TAPIA

Reinosá, 25 Julio 1914

Los tizones del incendio

Lanzóse el pueblo aquella mañana á la calle vociferando y dando saltos terribles, como león que al salir de su antro se excita á sí mismo rugiendo y haciendo piruetas y zotándose los flancos con la cola; como tigre que acaba de romper los barrotes de su jaula; el hierro de sus cadenas había crugido entre sus dientes como la cáscara de una nuez entre los dientes de un oso de la selva.

Los hombres alzaban aquel día en su mano «la copa del temblor que habrán de beber todas las naciones», de que nos habla Carlyle. Unos habían dejado su casa murmurando aquellas palabras que pronunció Drovét en la tribuna de la Convención, en la sesión del 5 de Septiembre de 1793: «Ya que la moderación y la virtud y las ideas filosóficas no nos sirven para nada, seamos incendiarios, seamos bandidos.» Otros repetían con Voltaire: «Echemos al fuego el árbol del cristianismo y calentémonos en él las manos.» Otros regocijándose habían dicho: «Puesto que sois, oh católicos, unos bergantes, puesto que no conocéis más moral que el árbol que cría moras, puesto que vuestra Iglesia es un buey mudo que no hace más que bajarse hacia el forraje, preparaos, porque ha llegado la hora de vuestra perdición.»

Y las grandes y magníficas hogueras ardían. Barcelona le contaba al cielo con la elocuencia de un millón de lenguas rojas sus dolores. Barcelona encendía faroles en el túnel, linternas en el abismo. Barcelona celebraba su himeneo con la libertad, y las hachas nupciales hendían con el grito penetrante de su luz la oscuridad y el silencio de la noche horrible de España.

Ardían las grandes y magníficas y deslumbradoras hogueras. El firmamento resplandecía como el cielo de un horno. Las llamas parecían culebras de fuego que silbaban y se retorcián de pie y restallaban como litigos.

Ardían las dramáticas hogueras. Abrían unas bocas anchas, dentadas, devorantes que trituraban la piedra y el metal como tritura la

boca de un caballo la alfalfa. Los brazos de los hombres les brindaban continuamente alimento: astillas sobre astillas, leñas sobre leñas, tizones sobre tizones, combustibles sobre combustibles. Los brazos de los hombres echaban á aquel fuego del infierno á la Iglesia. Los brazos fuertes de los hombres, los brazos infatigables.

Echaban al fuego el catolicismo inquisitorial del siglo xvi. Con su teología inflexible, con su derecho político egoísta. Con sus formidables tribunales, con sus atroces procedimientos, con sus aparatos de tortura. Con las audiencias de municiones, con la corrección de registros, con la censura fiscal, con el tormento *in caput proprium vel in caput alienum*. Con sus mordazas, con sus potros, con sus garruchas, con sus ruedas, con sus embudos, con sus braseros, con sus carcanes, con sus grillos, con sus sambenitos, con sus corozas, con sus verdugos, con sus familiares, con sus dominicos, con sus cadalsos, con sus hogueras. Con su *Exurge, domine, et judica causam tuam*. El catolicismo policiaco que imponía en el confesonario la delación como penitencia; el catolicismo cochino que procesaba al que se lavaba los pies; el catolicismo moji-gato que consideraba nefandas frases como aquellas de Antonio Pérez: «Si Dios Padre se atravesara en medio, le quitara yo las narices, á trueque de vengarme»; el catolicismo idiota que prohibía recitar versos tristes en memoria de un difunto querido y quitarle el sebo ó la grasa á la carne que había uno de comer; el catolicismo de Tomás de Torquemada, de Diego Deza, de Jiménez de Cisneros; el catolicismo que persiguió á Santa Teresa, á Fr. Luis de León, á Carranza, á Nebrja, á Juan de Mariana, á Arias Montano, á Francisco de Isla, á Meléndez Valdés, á Iriarte, á Samaniego, á Campananes, á Macanaz, á Jovellanos, á Olavide y mil más; el catolicismo que quemó á 32.000 hombres en persona y á 18.000 en estatua y penitenció á otros 30.000.

Ardían las santas hogueras. Y los brazos fuertes de los hombres echaban al fuego el catolicismo vengativo de los Apostólicos y de la Sociedad del Angel Exterminador; el catolicismo teocrático que denominó Argüelles «formidable máquina de opresión»; el catolicismo de Donoso Cortés, que llamaba como De Maistre satánica á la revolución y la veía correr el mundo como las Furias antiguas coronada de serpientes; el catolicismo de Aparisi, que decía que un ateo era una porción de materia organizada, no se sabe cómo, que á la vuelta de breve tiempo, sin saber tampoco cómo, se desorganiza y sirve para abonar un campo de pata-

tas; el catolicismo de Manterola que abominaba del mal espíritu del Voltarianismo y del liberalismo; el de los defensores de la unidad católica que en Abril de 1869 decían arrogantemente por boca de Monescillo: «nosotros no venimos del campo del miedo»; el catolicismo enemigo del libre pensamiento que nos impuso la draconiana ley de imprenta de Necedal, de aquel sacrilego Necedal que iba á los prostíbulos á escupir en la boca de sus queridas las hostias consagradas con que comulgaba devotamente en las iglesias; el catolicismo de Santa Cruz, de Lorente, del cura de Flix y del Prior de la Calzada de Calatrava; el catolicismo de Caixal y Estradé, el Matatías catalán, que gobernaba á los curas de su diócesis á patadas y puñetazos.

Ardían las rojas y reverberantes hogueras. Y Barcelona arrojaba á ellas la pedagogía de Manjón y de Ruiz Amado; la filosofía del P. Zacarías Martínez, del P. Francisco de Barbéns y del P. Marcelino Arnaiz; la sociología del P. Vicent, del Padre Gerard y de Mosén Llordach; la literatura del P. Coloma y de Mosén Costa Llobera; la elocuencia del Padre Calpena y del Dr. Jardiel; la sotana galante y libertina de Mosén «Pollastre»; el modernismo de buen tono de Gandásegui, de Benlloch y de Antolín López Peláez; la ciencia cristiana de «Razón y Fe», de «La Ciudad de Dios» y de «La Revista de Estudios Franciscos»; las doctrinas y la enseñanza mundana de los profesores del Escorial y de Deusto que educan á nuestra «high life».

Ardían, ardían las hogueras. Y para alimentar sus llamas les echaban los hombres la túnica blanca de la Iglesia y el corazón sangriento de Cristo.

ANGEL SAMBLANCAT

Los títeres del santo

—Lo dicho—continuó Paco—era una pasión loca la que me inspiraba aquella mujer.

Si tú la hubieras conocido entonces, recién llegada de su tierra, con aquellos ojazos fuertemente rasgados como si temieran no dejar espacio á las pupilas, negras como el abismo; aquel pelo lustroso, fuerte, ondulado, peinado de un modo original, con algo de la gitana y algo de la señora; aquella cara mate con un vello finísimo, delicado como el del melocotón, y aquella boca entreabierta llena de tentaciones, te hubieras vuelto loco, tan loco como estaba yo por entonces.

Pues, ¿y el talle? ¿Y la morbidez de formas? ¿Y la dulzura de curvas?

No había otra mujer como aquella en todo Madrid.

Andaba de un modo tan cadencioso, tan provocativo, y sobre todo, tenían una gracia aquellas palabras suyas dichas á medias con el deje particular y mimoso de las gaditanas, que era cosa de echarse á morir cuando decía:

—¡Ay, chachito mío, y cuánto *ha tardao!* ¡Jesú, pué no viene poco serio! ¡Por la salusita tuya y la mía que no quiero en el mundo más que á tí!

Y yo la creía, ¿como no? No me separaba de ella más que breves instantes, y sus ojos me seguían en mis ausencias, tal era mi ilusión, como cuando estaba á su lado.

¡Qué horas tan felices! Imposible hubiera yo creído que aquel amor que hacía arder mis venas, como si tuviera fuego en el corazón, llegara á apagarse algún día.

Todas, todas sus tonterías me hacían gracia; hasta sus supersticiones.

A veces, cuando me retrasaba más de lo ordinario y mis ocupaciones me retenían fuera de su lado más de lo de costumbre, me la encontraba al llegar ocupada en una de sus ceremonias más favoritas. Echando las cartas.

Había que verla, reconcentrada en aquello, temblorosa, pálida de emoción; sufría y parecía ese sufrimiento del morfomaniaco que produce un placer: el placer de saber lo ignoto, lo futuro, lo que ella no alcanzaba á ver con sus propios ojos.

Y entonces, con el mayor anhelo, cogía la baraja, se sentaba ante una mesilla de tablero de mármol, y abstraída, obsesionada y con toda su atención en las cartas, separaba el rey de bastos y el caballo del mismo pal, que según ella representaban mi cuerpo y mi espíritu, y al compás de una intrincada oración barajaba mi existencia. Cortaba con la misma gravedad con la mano izquierda, y extendía las cartas en hileras de á cinco, y allá era de ver la transformación de su cara mientras seguía la faena.

Entraba yo, y sin dejar su tarea, me decía:

—Oye, chico, ¿por qué estás tan disgustado?

—¿Quién? ¿Yo?—le replicaba;—pues, chica, nunca he estado más contento.

—Puede ser mentira, porque sale al revés—exclamaba mostrándome el rey de bastos.

—¡Pero, mujer! ¡Déjate de tonterías!

—Bueno, cáyate—me decía en tono breve, y seguía:—uno, dos, tres, cuatro, hasta diez. Por esquina, un hombre rubio, una mala lengua. Oye, tú, ¿quién es esa mala lengua?

—Yo que sé; será mi patrona.
—No, qué tú tiene una mala lengua que no te quíe bien.

—Entonces, si no me quiere bien, serás tú—le decía yo por distraerla:

—¡Caya, guasa viva! me replicaba ella sin dejar las cartas.

—¿Ves?—continuaba.—La sota de espás; esta es la mala lengua.

—Entonces ya la has encontrado replicaba riéndome.

—¿Sí, verdad? ¿qué mono!

Y seguía, seguía, afanosa, febril, haciendo salir rubias morenas, hombres de justicia, caminos cortos, brindis, noches, y cuanto las cábalas cartománticas inventaron para martirio suye, que todo se lo creía, y para desasosiego y disgusto mío, que sufría al verla tan crédula de la magia como incrédula de mi amor, si el horóscopo así lo marcaba.

Por una de esas necedades, por si las cartas hablan ó no de una rubia á quien yo conocía, armamos un tiberio que dió por resultado un paréntesis en nuestras relaciones.

Lo que yo sufrí, no es para imaginado; entonces comprendí que se había apoderado por completo de todo mi ser, y como el motivo era baladí y á más de eso yo no vivía sin verla y sin oír á cada momento su ceceo, hete aquí que, olvidando rencores y rencillas me decidí á volver al lado suyo en busca de tranquilidad para mi corazón enamorado. Ya ha pasado algún tiempo de esto, y aun suelto la carcajada al recordarlo.

Apenas había traspasado el dintel de la puerta, cuando, loca, con una alegría imposible de describir, me arrastró, estrujándome, hasta una cómoda, y en la actitud más extraña que puedes figurarte, me señaló algo que sobre el mueble estaba.

—¡Mirale! ¿Lo ves? ¡Así, castigaol! Y así le hubiera tenido hasta que me hubiera concedido volverte á ver.

Era el San Antonio de barro que yo le llevé por broma una tarde, á quien había quitado el niño, y que estaba con los pies en alto.

Los dos amigos prorrumpieron en una ruidosa carcajada.

—Sí, amigo mío, aquello era una de sus supersticiones, y hubieras visto después cómo se cambiaban los denuestos á la imagen en caricias y mimos, y cómo, por volver yo á su lado, volvía el santo á su posición normal haciéndole ceremonias y devolviéndole el niño.

Han pasado algunos años; murieron aquellos amores, y cuando ahora la encuentro acompañada por distintos amantes, no puedo menos de acordarme con pena del santo, y exclamar al notar su inconstancia:

—¡Cuántos, pero cuántos volatinas estará haciendo San Antonio!

LUIS BESSES

La monja hombre

Carta del prior de Santo Domingo en Ubeda, el abad de San Salvador en la ciudad de Granada:

«Sabrá V. m, que en el convento de la Coronada de esta ciudad de Ubeda abrá doce años que recibieron una monja natural de Sabiote llamada doña Madalena Muñoz y por ser muger varonil y que echava mano á una espada y disparaba un arcabuz y otras cosas que hazía de hombre, y vinieron unos hombres de su lugar siendo novicia y dixerón á las monjas que como avian recibido un hombre en su convento (no por que lo fuese) sino por las condiciones dichas, con esto las monjas, como han menester poco como mugeres para inquietarse, se alborotaron de manera que la priora quiso examinar el dicho de los hombres y ver si era hombre ó muger y halló ser muger: esta monja está profesada y por el discurso de doce años en muchas ocasiones vieron las monjas no ser hombre, porque unas veces cogiéndola dormida, otras por vía de trisca la descubrían para satisfacerse, por que sus fuerzas y ánimo y las propiedades y condiciones eran de varon. Ahora, vispera de San Francisco deste año de 1617, la dicha monja me escribió un villete pidiéndome la oyese una palabra que le importara su salvación. Fuí al convento, y estando solos en un locutorio, me dixo que era hombre, y me contó lo siguiente: Que ocho ó nueve días antes avian traydo al convento una partida de cien fanegas de trigo, lo avía medido y traspalado todo en una tarde, del qual exercicio sintió un gran dolor entre las yngles, y que se le avía inchado; y entendiendo se avía quebrado con la fuerza, se afligió mucho, y no se atrevió á decirlo. Lo uno porque no la viesse médico. Lo otro porque no la tuviesen por quebrada; y que al cabo de tres días se avía resuelto la hinchazón y le avía salido naturaleza de hombre; y entonces le obligué á que me certificase de su verdad, y descubriéndose, vi ser tan hombre como el que más, y por no alborotar el convento, instruila en que dixese avía profesado forzada y amenazada de su padre, y que avía enviado á Roma por un Buleto para ser oyda en orden de que no era monja. Con esto, llamé á la priora y la hize que la encerrasen en una celda y que para darle de comer entrasen seis monjas juntas, las más ancianas y religiosas, porque aquesta monja quería poner pleito de su profesión; y no quería que comunicase con nadie hasta dar aviso al padre Provincial. Ella finjió muy bien el caso, y luego enbió á llamar al padre Prior

de Baeza para que juntos lo examinásemos. Y día de San Francisco entramos en el convento de las monjas los dos; y en achaque de tomar su dicho á solas en la celda donde ella estava encerrada, lo vimos con los ojos y lo palpamos con las manos, y hallamos ser hombre. Dixonos que jamás había tenido su mes, y porque las monjas no le llamasen Marimochacho, quando se disciplinaba hacia ostentación de... mirámosle los pechos y con ser treinta y cuatro años, no los tenía más que una tabla. En seis ó siete días que avia salido el sexo de hombre le comenzava á enegrecer el bozo y se le mudó la voz muy gruesa. Visto esto, yo luego embié á llamar á su padre el cual vino luego por estar Sabiote una legua desta ciudad; contele el caso y pensó morir de espanto. Al fin aquella noche una ora después de la oración fuí al convento con su padre, y le pusimos una saya de color y un manto y se la entregué; y salida del convento declaré el caso á las monjas. El padre está muy contento porque es hombre rico, y no tenía heredero y aora se halla con un hijo muy hombre y que se puede casar; ella también va contenta porque después de doce años de carcel sabe muy bien la libertad; y se halla de muger varon; que en las cosas y vienes temporales, ninguna merced mayor le pudo hacer naturaleza. El caso es extraño y que se puede escribir al mismo Rey como entiendo se le an escrito. De Octubre 1617 años. Fray Agustín de Torres.»

(Es copia).

ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

CIENCIA Y RELIGION Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,
ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA
DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS
Manojos de flores místicas
PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"
POR

José Nakens

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

incapaces de suceder, y se les haga esclavos de la Iglesia á que sirva su padre.»

Por el número de esclavos que tuviese cada iglesia, podía formarse entonces la estadística de las mujeres que habían frecuentado los sacerdotes. Y á más esclavos, más desobediencia á las prescripciones de los Concilios en punto al trato con señoras. Lo que me parece un poco fuerte es que los hijos de los sacerdotes fuesen esclavos por las culpas de sus padres.

CONCILIO DE NANTES, *Nannetense*, año de 658.

El 3.º «prohíbe que los Sacerdotes vivan con mugeres, aun con las que están exceptuadas por los Cánones, á causa de las criadas que las precisan á estas tener para que las sirvan.»

Aquí ya, ni madres, ni hermanas, ni sobrinas podían vivir bajo el techo del sacerdote. Verdad que no era por ellas, sino por las criadas que las servían. Suponiendo que esto no fuera una piadosa culpa para que no padeciese mucho la fama del sacerdote si los fieles hubieran llegado á pensar que ni sus madres ni hermanas podían vivir tranquilas á su lado.

El 6.º «renueva los Cánones que prohíben exigir derechos de sepultura, y enterrar en la Iglesia.»

Este cánón es hoy letra muerta: los derechos de sepultura son una mina para los sacerdotes, y los enterramientos en las iglesias han vuelto á ponerse en moda para los difuntos que dejan mucho dinero. Al cabo de los años mil, corren las monedas hacia donde solían ir.

CONCILIO DE MÉRIDA, *Emeritense*, año de 666.

El 15 «prohíbe á los Obispos y á los Sacerdotes el maltratar á los sirvientes de la Iglesia mutiándolos.»

Aunque ignoro los miembros que acostumbrarían los sacerdotes á mutilar á sus sirvientes, compadezco á los sacristanes, monagos, campaneros etc. del siglo VII. Vivirían los infelices con el alma en un hilo y sin saber al levantarse cada mañana en la integridad completa de su individualidad corporal, qué miembro tendrían de menos al acostarse.

CONCILIO DE AUTUN, *Augustodunense*, año de 670.

El 10 «prohíbe á los Monges el dexar entrar en su Monasterio á las personas del otro sexo, y el tener

ninguna familiaridad con mugeres extrañas.»

O los monjes eran en aquellos tiempos menos virtuosos que los de ahora, ó las mujeres más livianas. No de otro modo se explica que todos los Concilios supusieran que no podían ponerse ellos y ellas al habla sin pecar. Hoy las mujeres entran y salen en los conventos á todas horas sin que nadie dude de ellas ni de los frailes. Ni sus maridos siquiera.

CONCILIO DE HERFORD EN INGLATERRA, *Erfordense*, año de 673.

3.º «Los Obispos no turbarán la quietud de los Monasterios, consagrados á Dios, ni les quitarán violentamente nada de sus bienes.»

¡Pobres monjas las de entonces! Cada vez que oyeran decir, ¡qué viene el obispo!, se echarían á temblar, apresurándose á fchar las habitaciones donde tuvieran objeto de algún valor, si no es ya que tenían que cuidarse en primer término de tomar precauciones personales.

CONCILIO DE BRAGA, *Bracarense*, año de 675.

El 2.º «prohíbe ofrecer en el Sacrificio leche en lugar de vino, ó un racimo de uvas, ó dar la Eucaristía mojada en vino.»

¡Consagrar la leche! Supongo que esto lo harían solamente los que anduviesen tan mal del estómago que les sentara mal el vino. Lo demás, comulgar con uvas, ó con pan mojado en vino, debería influir bastante en que acudiesen muchos convidados á la mesa eucarística. Si hoy se hiciera, no se manifestarían tan tibios ni tan rehacios en este punto muchos fieles.

El 3.º «prohíbe beber ó comer las comidas regulares en los vasos sagrados, y el emplear en usos profanos, y vender ó dar los velos y ornamentos de la Iglesia, todo só pena de excomunión, si el contraventor es lego, y de deposición si es Clérigo ó Religioso.»

Justa fué esta prohibición. Por caros que los vasos de cristal ó vidrio estuvieran, nunca debieron los clérigos usar los cálices y las vinajas en los menesteres domésticos: que hubieran bebido el vino en taza ó en cazuela. Y lo mismo digo sobre lo de aplicar á usos profanos los velos y ornamentos de la iglesia. Una sobrina de clérigo luciendo por la tarde el velo que por la mañana hubiera llevado la Virgen, podía haber resultado en alguna ocasión un verdadero anacronismo.

El 5.º «prohíbe á los Eclesiásticos, de cualquier clase que sean, el vivir con mugeres sin testigos de su bue-

na conducta, á no ser con su madre solamente.»

Aquí quedaron también eliminadas las hermanas y las sobrinas. ¿Por qué? No se me alcanza. Pero cuando el Santo Concilio lo dispuso, sus razones tendría. ¿Con la madre, sólo con la madre! ¿Quería entrar en casa de un sacerdote otra mujer cualquiera? Pues que se aguardase á la puerta á que llegaran los testigos. No vigilaría más el poder civil á los reos condenados á muerte.

El 7.º «prohíbe á los Obispos el hacer castigar con pena de azotes á los Sacerdotes, Abades y Diáconos, só pena de excomunión y destierro.»

Por lo que se ve, á la menor faltilla cometida por un sacerdote lo llamaba el obispo, le mandaba subirse la sotana y bajarse los pantalones, y azotaina al canto. ¡Uno!... ¡dos!... ¡tres!... (los que fueran), ¡y cuidadito con otra! Lo que no se especifica, es á qué funcionario ordenaba el obispo ejecutar la antiestética tarea, aunque realmente no hace falta saberlo. Es posible que algún sacerdote azotado exclamase amargamente durante la depresiva operación: «¡Y aprenda usted latín para esto!» El que lo supiese, claro es.

El 9.º «prohíbe á los Obispos el que cuiden más de su propio Patrimonio que del de la Iglesia; y si sucediese que aumenten sus propias rentas, sea á expensas de la de la Iglesia, sea gobernándolas con descuido, estén obligados á indemnizarlas á su costa.»

A los obispos de ahora les sería imposible pagar la indemnización, si cometieran la falta. Por casualidad hay alguno que tenga dos pesetas al episcopar. Si reúnen algún millón que otro, es después.

CONCILIO DE CONSTANTINOPLA, llamado *Quini-Sexto* ó *in trullo*, *Quini-Sextum*, ver *Trull'anum*, año de 692.

El 5.º «renueva los antiguos Cánones, que prohíben á los Clérigos tener en su casa mugeres extrañas, só pena de deposición, la cual se extiende aun á los eunucos.»

Esto ya es un poco más grave, y me siento en este instante inhábil para comentarlo. Hay sorpresas que paralizan la acción del cerebro mejor equilibrado.

El 9.º «prohíbe á los Clérigos tener taberna; y el 10 fulmina la pena de deposición contra los contraventores.»

Muy en su punto estuvo también esa prohibición, por varias razones: 1.ª Porque el deseo de ir á ejercer su industria podría obligar á algún sacerdote poco escrupuloso á decir

(Continuará.)

LOS JUDÍOS

FOR

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

Por cierto que un día el duque de Ademan llevaba guantes de hierro, y dió el bofetón con tal plenitud de fe católica, que le rompió la cabeza en dos trozos al judío!

¡Y pensar que hoy este acto queda reducido á un vano simulacro para entretenimiento de muchachos

¡Pensar que en Bezieres el Domingo de Ramos, el señor obispo subía al púlpito y exhortaba al sencillo pueblo á que saliese á las calles á apedrear á los judíos.

El sencillo pueblo obedecía fielmente, y en vez de ir como hoy día á los clubs á sostener groseras y descabelladas tesis sobre asuntos mundanos, se armaba de celo religioso y de pedruscos, y descabellaba judíos con evangélica puntería.

Este piadoso ejercicio solía prolongarse hasta el día de Pascua.

¡Y estas pruebas, mil veces alegadas, no convencieron nunca á los israelitas de que Dios había venido á establecer el reinado del amor y la caridad entre los hombres!

Repitámoslo con profundo pesar: de aquellas antiguas glorias ya nada nos queda.

En Mallorca se conserva todavía un dicho que hace al caso.

Al que se muestra tenazmente obcecado en algo, se le dice: «Eso es, ¡no cedas, Rafaelillo!»

Este dicho nació en tiempos en que los católicos de Mallorca hicieron quema de judíos.

Echaron á la hoguera á uno de ellos, y, á su vista, procuraban persuadir á su hijo de que si abrazaba la fe católica, se libraría del suplicio que estaba padeciendo su padre.

Este, en medio de las llamas, hizo antes de morir un supremo esfuerzo y gritó á su hijo: «¡No cedas, Rafaelillo!» (*Rafaelons, no't dons!*)

¡Y el infame lo dejó quemar so pretexto de no abandonar la fe de sus mayores!

Y sobre poco más ó menos, esto es lo que pasó con los judíos en aquellos bellos tiempos.

FIN

CONJUROS Y EXORCISMOS

Estos dos medios de curación espiritual, tan usados en otro tiempo, han ido perdiendo su eficacia, ó me

jor pensado, quizás los hombres nos hemos ido haciendo indignos de que obre en nosotros la eficacia divina de conjuros y exorcismos.

Allá en los buenos tiempos apenas ocurría la menor sospecha de que un cristiano estaba más ó menos poseído del Demonio, se apelaba al hisopo y al conjuro, con lo cual se obtuvieron resultados gloriosísimos:

Hoy día á toda posesión maligna se le llama histérico, ataque de nervios y otros nombres no sólo mundanos, sino vulgares y destituidos de toda poesía.

Dicen que era cosa de ver, á cada latigazo que soltaba el sacerdote, cómo se enfurecía el diantre del Diablo.

Con los conjuros se obligaba no sólo á entrar en razón á los hombres y á salir de los hombres el Demonio, sino á que obedeciesen los ratones, las langostas, los gusanos, las nubes y otras frioleras.

Imagine el piadoso lo que pensaría un ratón, inesperto como suelen serlo, al oír que en latín le daban á comprender que estaba descubierto por instrumento del Diablo.

¡Cuán grande no le parecería la inteligencia del hombre y sobre todo la majestad de Dios, y en fin, hasta la utilidad de la lengua latina!

Tan poderosa era la fuerza de los conjuros, que cierto día un exorcista, para sacarle á un hombre los diablos del cuerpo, le leyó equivocadamente pero con fervor la oración para echar los de las ratas, y sin embargo, le curó lo mismo que si no se hubiese equivocado.

Los conjuros y exorcismos han servido para desencantar tesoros.

Siempre que había tesoros encantados, se apelaba á ese supremo remedio compuesto de agua bendita, evangelios y oraciones, laurel, letanía mayor, yerbas de San Juan, ofertorio de la misa, romero y azufre, responso de San Antonio, perfumes de incienso y mirra, ruda, y algunas sagradas ceremonias.

Se tenía mucho cuidado en una particularidad que debía ser muy importante para el caso, y consistía en invocar el nombre de la Virgen María antes que la Santísima Trinidad.

No faltaron hombres de fe oscura que hicieron así como si dijéramos burla de algo de lo que tratamos, pero tampoco faltó una Inquisición que á uno de esos burlones, sacerdote por más señas, le tuviese procesado como correspondía.

Lo cierto es que para ese conjuro de los tesoros encantados se necesitaban tres curas, y que el que les

mandaba trabajar tenía que pagarles sin falta, con lo cual, ya que no pareciese el tesoro, siempre se recogía algún dinerillo.

La Iglesia sólo se proponía limpiarnos de pecados con el uso de los conjuros y exorcismos, que eran una especie de Holloway de la época; pero muchos hombres de Iglesia abusaban de esos sublimes depurativos por el lucro miserable de dinero. ¡Parece imposible!

Por eso S. xto V se cargó un día y mandó que sólo se emplearan los exorcismos buenos, es decir, los aprobados por la Iglesia; que estos no fallan ni fallaron nunca, y sobre todo, cuantos menos había, más producían; que es el objeto más precioso, no para la Iglesia que siempre despreció las riquezas, sino para las ánimas del Purgatorio que son las que las aprovechan.

En un convento de monjas penetró el Demonio, y sin decir oste ni moste, porque ni el Demonio ha dicho nunca semejantes majaderías, se alojó en el aseadísimo cuerpo de una mórbida religiosa.

La pobre, ó digamos más bien, la mórbida esposa de Jesucristo, andaba desazonada, de suerte que parecía que se la llevaba el Demonio, aunque no se la llevaba, pero se estaba en ella, haciendo en su interior mil atrocidades y hasta papeles ridículos.

La pobre doncella, es decir, la monja, no acertaba á servir á Dios, y lo hacía tan mal, que si en vez de tener tan divino esposo llega á estar casada con un cabo de realistas habría llevado por lo menos una sacrilega paliza cada mañana y otra cada tarde.

Pero voy al caso.

El caso es que como le faltaba el acierto, se mandó comprar unas ligas de ¡viva mi dueño!, lo cual no se estilaba en la casa, y más adelante, en vez de hacer niños Jesús de cera, hacía cadetes ya mayorcitos, y un día se empeñó en hacer compota de bacalao y por último, una mañana en el coro, en vez de cantar *Kirie eleyson, Christe eleyson*, se puso á cantar ¡A la limón, á la limón!...

Nada: que fué menester enviar inmediatamente por tres exorcistas que conjurasen al Demonio, que sólo él de tales despropósitos podía ser causante.

Las otras esposas de Jesucristo compañeras de la mórbida, andaban trémulas, azoradas, cuchicheando de corrillo en corrillo sobre el

